

SESIÓN 5 COMUNIDAD - CULTURA - SOCIEDAD

DE UTOPIÁS Y TOTALITARISMOS EN CLAVE PSICOANALÍTICA

Dra. Susana J. Epstein de Andersson,
Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires,
Av. Las Heras 3054 – 6A, 1425 Buenos Aires,
Tel. 011-48028292, e-mail: susana_adersson@fibertel.com.ar
Título de grado: Médica

Las aplicaciones del psicoanálisis a terrenos extraclínicos han sido objeto de no pocas críticas, incluso en el propio ámbito psicoanalítico. Para E. Roudinesco y M. Plon (1997), tal estado de cosas podría obedecer a la ambivalencia de Freud frente a dicho tema, cuyo eco en la comunidad psicoanalítica aún perduraría. Como exponente de tal ambivalencia mencionan el anonimato en que Freud mantuvo por diez años, a partir de su publicación en “Imago” en 1914, a “El Moisés de Miguel Ángel”.¹

Lo cierto es que, ya en la célebre carta 71 del 15 de octubre de 1897 (1950 [1892-99]) tendía Freud un sólido puente entre el vivenciar individual y los grandes logros culturales: “uno comprende el cautivador poder de Edipo Rey” y “lo mismo podría estar en el fundamento de Hamlet” (p.307). La marca de la importancia concedida a esos otros intereses queda inscripta en la denominación finalmente impuesta, en detrimento de versiones más acotadas como complejo paterno o complejo nuclear.

Y es bien sabido que a medida que la obra de Freud avanzaba, se volvía más explícita la correlación entre mente, sociedad y cultura. En el “Posfacio” (1935) a su “Presentación Autobiográfica” (1925 [1924]) aludía Freud a un “desarrollo regresivo” ya que, después del rodeo de la medicina y la psicoterapia, había retornado a “aquellos problemas culturales que una vez cautivaron al joven” (p.68). En 1930, al distinguir la ciudad de Frankfurt a Freud con el “Premio Goethe”, se adujo, entre otras razones, que su labor ayudaba a “comprender en su

¹ Este mismo hecho ha sido tomado en otras oportunidades como señal de la actitud ambivalente de Freud ante su identidad judía.

raíz la génesis y arquitectura de muchas formas culturales” (Freud, 1930, p.206).

En las “Nuevas Conferencias de Introducción al psicoanálisis” (1933), al referirse al marxismo, Freud llegó al extremo de afirmar: “En sentido estricto sólo existen dos ciencias: la psicología, pura y aplicada, y la ciencia natural” (p.166). Pero también había depositado esperanzas en que estudiosos de otros campos se acercaran al psicoanálisis y pudieran aplicarlo más adecuadamente. Es que estaba preocupado ante la falta de solvencia de algunos analistas que incursionaban en lo ajeno “en calidad de diletantes” (p.134).

Tal objeción no podría formularse en el caso de la psicoanalista francesa Janine Chasseguet-Smirgel (1928-2006), diplomada en Ciencias Políticas y poseedora de sólidos conocimientos artísticos y literarios. No sorprende que defendiera con vigor el pleno derecho del psicoanálisis para intervenir en la comprensión de fenómenos culturales y sociales. Si bien admitía la validez de reparos metodológicos, advertía igualmente sobre el peligro de una renuncia -según ella, de carácter resistencial - al aporte psicoanalítico. De tal modo, se decía fiel al legado de Freud.

Asimismo, a lo largo de toda su obra se mostró respetuosa de la teorización freudiana (incluso en la claridad de su estilo expositivo), aún cuando expresara divergencias, sobre todo con respecto a la femineidad y a la pulsión de muerte. Integró ideas de distintos autores, en especial de Béla Grunberger, su marido, conocido por sus trabajos sobre narcisismo. Me centraré en una de sus hipótesis, quizás no tan profundamente desarrollada pero sí aplicada por extenso más allá de la clínica. Se trata de la matriz arcaica del complejo de Edipo (1988), considerada como primitivo núcleo del complejo de Edipo clásico y como ya detectable en el relato edípico original.

Me serviré de dos breves reflexiones de Freud en “El malestar en la cultura” (1930 [1929]), a modo de introducción. Al referirse al “sentimiento oceánico”, dice que “aspiraría a restablecer el narcisismo irrestricto” (p.73). Y, aunque en varias oportunidades no otorgara valor intrínseco a la fantasía de retorno al seno materno, aquí considera a la vivienda como

sustituto de la morada prenatal, “siempre añorada probablemente, en la que uno estuvo seguro y se sentía tan bien” (p.90).

En sus trabajos sobre el ideal del yo, Chasseguet-Smirgel (1975) expone un deseo fundamental de retorno al vientre materno, vinculado a la prematuración del infante humano. Pero es con la hipótesis antes mencionada que esta trama se enriquece, al adquirir con más nitidez ribetes edípicos. Evoca a Rank y, en particular, a Ferenczi, quien en “Thálassa” (1924) hablaba de un “instinto de regresión materna”, ansia de recobrar la vida intrauterina, como base de las tendencias edípicas.²

La autora postula que existe un anhelo universal, inconsciente e innato de redescubrir un universo liso, sin obstáculos ni asperezas, identificado con un vientre materno al que se ha despojado de sus contenidos y al que así se logra libre acceso. Esta matriz se perfila en el trasfondo de las fantasías de apropiación y destrucción correspondientes a los estadios edípicos precoces descritos por Klein.

Los contenidos maternos, o sea el padre, sus atributos y subrogados, remiten a la realidad. El vientre raso, liberado de ellos, remite al placer. Se plantea una objetivación de la lucha del principio de placer contra el principio de realidad. De ahí que el pensamiento constituya un obstáculo similar al de los contenidos y deba ser igualmente combatido.

La autora destaca la relevancia del ataque contra la “roca de la realidad”, la correlativa diferencia entre sexos y generaciones. Así justifica el nexo que establece con la perversión. Y también la articulación con el universo sin diferencias de la producción anal, común a mujer y hombre, adulto y niño. Esa tendencia a la homogeneización se expresa, al nivel del pensamiento, a través de la “amalgama” que crea relaciones por fuera de la dimensión causal y temporal, borrando diferencias cuantitativas y cualitativas.

Chasseguet-Smirgel se vale de nutridas viñetas clínicas, sobre todo de pacientes borderline y perversos, en quienes la fantasía de la matriz arcaica podría mostrarse con mayor vigencia. Pero su interés por

² .Otros autores, aún sin aludir a estos planteos, también los retomaron. Por ejemplo, entre nosotros, Mauricio Abadi (1982) se refería a la fantasía de retorno a la madre en términos de “reinfetación”.

extenderse hacia otras áreas es constante. En su texto sobre el ideal del yo, repasa consideraciones de Freud sobre la psicología de las masas (se ocupa también de Anzieu, Bion y Bychowski) y restringe su validez. No siempre el conductor representa al padre primordial. En fenómenos grupales de carácter más regresivo, la figura paterna resulta excluida y sólo se busca la fusión con la omnipotente madre inicial. Se encuentran regidos por ideologías, o sea por sistemas de formato tal vez racional pero basados en la "Ilusión":³ un mundo sin padre en el que el yo se funde con el ideal del yo, derivado narcisista, en detrimento del superyó, heredero edípico. En este intento de recuperar el narcisismo perdido, el líder sólo es una suerte de mago que activa y promueve la "Ilusión". Quienes no la convalidan caen víctimas del rechazo, la hostilidad y hasta de actos criminales.

Apenas introducida la noción de matriz arcaica, ya se la pone en relación con las creencias apocalípticas, que prometen cambios restauradores a partir de un gran desastre. Pero es en los desarrollos utópicos, que a su vez pueden incluir una fase apocalíptica previa, donde más despliega la autora su abanico de aplicación.

Pasa erudita revista a utopías propuestas a lo largo de variados contextos históricos (se detiene en "Nosotros", novela de E. Zamyatin, escrita en Rusia en 1920 como una contra-Utopía)⁴ e infiere que estarían expresando una antigua ansia de felicidad, común a la humanidad toda. Huelga decir a qué se está refiriendo.

Aborda el rasgo de exaltación de la naturaleza y la agricultura (a veces, hasta de hábitos vegetarianos), tomándolo como un intento de simbiosis con la Madre Naturaleza, equivalente al retorno intrauterino. La propuesta de una comunidad de bienes - y hasta de hijos - procura un universo de homogeneidad e indiferenciación. Se busca crear un ente único, formado por partículas individuales idénticas, que es quien toma posesión de la madre y se funde con ella. Es ésta una concesión a la condición social del ser humano: no podría exponerse un programa cuyo objetivo fuera la

³ Toma el término a partir de la definición de Freud (1927, p.31.); especifica su uso en su obra sobre Reich (1986 p.13).

⁴ Esa obra fue considerada por F. Dragosei (2004) como fuente de inspiración para G. Orwell y A. Huxley.

destrucción total en beneficio de un solo hijo. La categoría de padre, que implica el mantenimiento de las diferencias, es eliminada de la escena.

La ciudad es juzgada como enemiga del mundo utópico: creación artificial, aleja a sus habitantes del contacto con la Madre Naturaleza y atenta contra el reencuentro. Sólo una clase de ciudad es aceptada, en otra tentativa de conciliación con las necesidades sociales: es una ciudad en la que, paradójicamente, nada queda librado a una evolución natural y espontánea. La arquitectura, las instituciones, las leyes y costumbres se ajustan a cánones rígidos y excesivamente racionales, en pos de uniformidad.

Estamos ante modelos totalitarios, en los que se toma a cada disidencia como una amenaza, o sea como otro obstáculo en el camino al cuerpo materno.

Se comprenden mejor así los aspectos violentos y destructivos, de clara impronta sádico-anal, no necesariamente preanunciados pero siempre presentes en la materialización de proyectos utópicos. Se comprende también nuestra vulnerabilidad ante esta clase de “tentación totalitaria”, dada la atracción que ejerce tan poderosa fantasía arcaica, contra la cual no siempre logran reaccionar con eficacia nuestros aspectos más desarrollados.

También el antisemitismo, fenómeno que reaparece de continuo bajo diferentes ropajes, es visto bajo esta luz. Chasseguet-Smirgel comenta que está presente, más o menos abiertamente, en casi todas las utopías. Es que el judaísmo se erige en superlativo obstáculo a remover debido a la dimensión paterna que le es intrínseca y al consiguiente “principio de separación” (básicamente, entre la madre y el niño). Quizás este factor también incida en el caso del “autodio judío”, según la denominación de Theodor Lessing.

Por eso la aniquilación de los judíos fue asunto de absoluta centralidad bajo el nazismo, utopía extrema. Según esta autora (1989), nunca antes la fantasía de la matriz arcaica se había presentado tan crudamente expuesta, tan pobremente simbolizada, tan escasamente reprimida. El hecho de que hasta el esfuerzo bélico quedara subordinado al programa del exterminio judío la lleva a concluir que no bastan las perspectivas

políticas y socioeconómicas para tratar el tema. Supone que la conjunción de un sentimiento general de desamparo ante eventos históricos adversos y de una tradición cultural proclive al paganismo y al romanticismo llevó, en Alemania, a una activación inusitada de dicha matriz.

Califica al nazismo con el término “biocracia” (no acuñado por ella, según aclara) por su empeño en una supuesta fundamentación biológica. Subraya también su marcado sesgo concreto, literal. Examina estos rasgos en la doctrina de “Blut und Boden”, sangre y tierra. Marca la diferencia entre el nazismo y el fascismo italiano. Apoya e ilustra sus planteos con citas, referencias y datos. Así, comenta que Hitler y varios jerarcas nazis creían que la Atlántida, legendaria isla sumergida en las profundidades acuáticas, era la patria original de los arios y señala la congruencia de esta fantasía con la correspondiente a la matriz arcaica. Recordemos asimismo el carácter utópico atribuido a la vida en la Atlántida. Y la afinidad con los planteos de Ferenczi en “Thálassa”.

Nos cuenta Tomás Eloy Martínez (2009) que sobre la tumba de Hanns Ewers, conspicuo escritor nazi, está inscripto el final de su terrible novela “La Mandrágora”: “Quiero entrar en mí. Me espera mi madre.”